

16. Los rasgos de la estructura obsesiva

Establecido lo que precede, podemos encarar más precisamente los estereotipos estructurales puestos a operar en la neurosis obsesiva y, por consiguiente, su deslinde con respecto a la problemática de los síntomas. En particular, es posible aislar, desde el punto de vista del deseo, algunos rasgos estructurales que determinan su curso. Mencionemos ya, a tal efecto, el carácter imperioso de la *necesidad* y del *deber* que rodean a la *organización obsesiva del placer*. Asimismo, evoquemos la *debilidad de la demanda* y la *ambivalencia* como otros tantos rasgos asociados a dispositivos de defensa sintomáticos tales como:

las formaciones obsesivas;
el aislamiento y la anulación retroactiva;
la ritualización;
las formaciones reactivas;
el trío: culpabilidad, mortificación, contrición,
y el conjunto del cuadro clínico habitualmente designado, a partir de Freud, por la expresión «*Carácter anal*».¹

Partamos de este punto inductor de la neurosis obsesiva: el signo del deseo insatisfecho de la madre, que inscribe al niño, a su lado, en la relación singular evocada anteriormente. La marca del desfallecimiento en la satisfacción del deseo materno se afirma precozmente en el niño gracias a la relación dual privilegiada que él

¹ Véase *supra*, cap. 2, pág. 17, nota 3.

mantiene con ella. Muy pronto, el niño percibe sus indicios significantes. El fondo de las investiduras eróticas que sustentan habitualmente esta relación llamada «dual» se presta tanto mejor a la circulación de ese mensaje cuanto que dicha relación se despliega prioritariamente en el terreno de la satisfacción de las necesidades y de la exigencia de cuidados, o sea, en el contexto de un acceso al cuerpo del niño que sólo puede inducir el goce y favorecerlo.

Debido a que tal goce es inevitable en la relación de la madre con el niño, puede encontrar cierta cantidad de indicios catalizadores motivados en la economía libidinal de la madre. En este sentido, el desfallecimiento de la satisfacción del deseo materno se vuelve predominante.

En cuanto a este punto, vayamos a las explicitaciones apuntadas por Freud en lo relativo a la etiología sexual de las neurosis obsesiva, de las que sólo tomaré las articulaciones esenciales.

Uno de los primeros elementos de esta perspectiva encuentra su origen en la *teoría de la seducción*, la cual, por lo demás, es presentada inauguralmente por Freud como desempeñando un papel preponderante en la concepción psicoanalítica general de la etiología de las neurosis. Sin embargo, muy pronto Freud relativizó considerablemente esta incidencia de la seducción, como lo testimonia su carta a Fliess del 21 de septiembre de 1897,² en la cual hasta parece recusar sus primeras posturas.

Sin embargo, no se trata de un abandono liso y llano. A lo sumo, Freud renuncia al alcance sistemático de la función de la seducción como elemento inductor de la problemática neurótica. En otros términos, la inciden-

² Véase S. Freud, «Lettre à Fliess n° 69 du 21-9-1897», en *La naissance de la psychanalyse*, París: PUF, 4ª edición, 1979, págs. 190-3. [«Carta 69», en Manuscrito N, *Obras completas, AE*, vol. 1, 1982.]

cia de la seducción debe ser minimizada en el cortejo de los mecanismos inductores de las neurosis. El «destino» de esta teoría freudiana de la seducción en la etiopatogenia de las neurosis fue minuciosamente analizado por Jean Laplanche y Jean Baptiste Pontalis en su célebre *Vocabulaire de la psychanalyse*, al que los remito.³

Si no podemos considerar la seducción como un elemento etiológico constitutivo de la neurosis obsesiva, no deja por ello de constituir una mediación favorable. Históricamente, debemos recordar que la especificación freudiana de la neurosis obsesiva es contemporánea de la correspondiente a la histeria. A partir de 1894-1895, Freud aísla y ordena la patología obsesiva en la categoría de las psiconeurosis de defensa, para recalcar el hecho de que, en este terreno neurótico, los procesos de defensa ocupan un primer plano entre las manifestaciones sintomáticas.

En lo que respecta a la neurosis obsesiva, el tema de la *seducción* es introducido por Freud de una manera perfectamente característica. Las obsesiones aparecerían como *reproches disfrazados* que el sujeto se dirigiría a sí mismo, con relación a una actividad sexual infantil productora de placer. No obstante, la especificidad propiamente obsesiva de sus síntomas se debería al modo de inscripción psíquica de esa actividad libidinal infantil *frente al deseo de la madre*. Según Freud, se trataría de una *agresión sexual que sucedió a una fase de seducción*. En esta ocasión, las mociones pulsionales libidinales retornarían posteriormente en forma disfrazada, sobre todo con el carácter de representaciones y afectos obsesivos.

Tales elementos obsesivos jamás constituirían otra cosa que síntomas primarios de defensa, contra los cuales el Yo reaccionaría de manera precisa movilizand

³ J. Laplanche y J.-B. Pontalis, «Sédution (Scène de -, Théorie de la -)», en *Vocabulaire de la psychanalyse*, París: PUF, 1967, págs. 436-9.

procesos de defensa secundarios. En este sentido, podríamos identificar principalmente el *aislamiento* y la *anulación retroactiva*, sobre los cuales volveremos más adelante.

Por ello, si la seducción ya no interviene en calidad de elemento inductor etiológicamente prioritario, sin embargo desempeña un papel indudable en la relación que se desarrolla entre la madre y el niño. Lo que Freud había presentido en esta vertiente de la *seducción materna* aparece, en efecto, como un acaecimiento determinante en la medida en que podemos localizar con precisión su punto de impacto: *el desfallecimiento de la satisfacción del deseo materno* precozmente significado al niño. Como veremos, el significante de este desfallecimiento va a inducir, a su respecto, una vivencia psíquica singular experimentada en el modo de la seducción.

A todas luces, en este espacio de configuración relacional, siempre es la madre la que despierta y mantiene al niño en el registro de su goce libidinal. Esta fase de *erotización* es tanto menos inevitable cuanto que encuentra su soporte favorito en ocasión de la repetición de los contactos físicos mantenidos en el terreno de los cuidados y de la satisfacción de las necesidades. Desde ese punto de vista, el niño es necesariamente el objeto de una *seducción erótica pasiva* por parte de la madre. A poco que el niño se vea capturado en ese goce por significársele un desfallecimiento en la satisfacción del deseo de la madre, esa seducción pasiva arreciará y el goce resultante será vivido en el modo de la agresión sexual. Así, pues, el niño ya no tendrá la opción de gozar sin sentirse parte activa en un goce privilegiado de la madre.

El *exceso de amor* que testimonian todos los sujetos obsesivos se origina en ese dispositivo donde la seducción erótica materna constituye un llamado a la suplencia de su insatisfacción. De algún modo, el niño es intimado a diferir la imperfección del goce materno, lo cual

induce en él una incitación a la *pasividad sexual*, cosa de la que da abundante fe toda la producción fantasmática cotidiana de los obsesivos masculinos. En la mayoría de ellos, en efecto, encontramos los vestigios nostálgicos de esa seducción agresiva pasiva que se expresa a través de fantasmas preponderantes: «ser seducido por una mujer sin haber hecho nada»; o incluso «ser violado por una mujer»; en una forma ideológicamente más caricaturesca, también es el fantasma de «la enfermera» que atiende y que goza haciendo gozar sexualmente a su «enfermo», con ocasión de los cuidados que le brinda.

Esta actitud de disposición pasiva al goce constituye una de las estereotipias más notables de la estructura obsesiva, a través de la cual el sujeto evoca nostálgicamente su *identificación fálica*. De hecho, el niño, futuro obsesivo, va a encarar el pasaje decisivo del «ser» al «tener» precisamente con este «pasivo fálico». Por lo demás, es por este motivo por lo que su acceso al universo del deseo y de la ley constituye para él un proceso problemático, como lo muestra muy justamente la relación particular que mantiene con el padre y, más allá de él, con toda figura de autoridad que reactive la imago paterna.

El pasaje del «ser» al «tener» es lógicamente vivido por el niño en la dimensión de la insatisfacción, puesto que su identificación fálica es recusada frente a la intrusión paterna. Es fácil comprender, pues, que este «pasaje» constituya un trance especialmente problemático para el futuro obsesivo. Allí donde normalmente debería enfrentar la insatisfacción, precisamente es *cautivo de la satisfacción* en la relación de suplencia que mantiene con la madre. Después, el obsesivo no dejará de recordar hasta qué punto esta experiencia, precoz pero privilegiada, de placer con la madre constituye para él una desventaja en la economía de su deseo.

Este apresamiento materno prematuro no permite que el niño mediatice su deseo por él mismo. En efecto, el niño permanece prisionero del deseo insatisfecho de

la madre. Más exactamente, convendría decir que es el deseo del niño por ella lo que, de rebote, va a despertar su propio deseo insatisfecho, por lo mismo que ahora le está dado poder suplirlo. Por consiguiente, todo el proceso del deseo va a verse interrumpido en el niño.

Habitualmente, la dinámica del deseo se despliega según un ritmo ternario. El deseo se separa de la necesidad para entrar luego en la demanda. En el caso presente, no bien el deseo se separa de la necesidad, inmediatamente es asumido por la madre insatisfecha, que encuentra en esto un objeto posible de suplencia. El perfil totalmente particular del deseo obsesivo se explica por el carácter apresurado de esta asunción. En efecto, el deseo lleva siempre *el sello exigente e imperativo de la necesidad*, por lo mismo que, a partir de su surgimiento, la madre no le deja tiempo de suspenderse en la espera de que se articule una demanda. Sentado esto, podemos señalar dos rasgos de estructura esenciales.

Por un lado, el deseo del obsesivo *implica siempre la marca imperiosa de la necesidad*. Por el otro, el obsesivo *padece de menoscabo en la expresión de su demanda*. La pasividad masoquista que tan bien le conocemos resulta, en gran medida, de su imposibilidad para demandar. Así se esfuerza en hacer adivinar y articular por el otro lo que él desea y no logra demandar él mismo.

En términos generales, este menoscabo participa de la *servidumbre voluntaria* en la cual se encierra de tan buena gana el obsesivo. Paradójicamente, esa imposibilidad de demandar lo conduce a *tener que* aceptarlo todo, padecerlo todo. Por no haber estado en condiciones de formular una demanda, se siente obligado a asumir todas las consecuencias implicadas por esta actitud, principalmente *ocupando el lugar de objeto del goce del otro*. O, lo que es lo mismo, semejante actitud pasiva constituye una invitación favorable a hacerse *sadizar* por el otro.

La *queja* repetitiva con que el obsesivo se beneficia sobre este fondo de sadización, es aquello a través de lo

cual podrá asumir, de rebote, su propio goce sintomáticamente mortífero. El indicio de este goce se actualiza fuertemente a través de las *manifestaciones reactivas* que, en cuanto a lo esencial, se reducen a laboriosas e interminables ruminaciones contra la adversidad. Esto se explica tanto mejor cuanto que tal disposición del obsesivo a ser objeto del goce del otro constituye una resurgencia de su estatuto fálico infantil, en el cual se encuentra encerrado como hijo privilegiado de la madre.

Esto reaparece en la forma sintomática característica de la *culpabilidad*, que evoca indirectamente el privilegio casi incestuoso del niño junto a la madre frente a la castración. En virtud de esta fijación erótica a la madre, el obsesivo se ve continuamente apresado en el agudo temor de la castración. A todas luces, se trata de una relación con la *castración simbólica*, cuyas manifestaciones más espectaculares van a expresarse en torno de la *problemática de la pérdida* y de la relación con la ley del padre.